

En torno a la problemática lingüística en la Navarra medieval

EL ROMANCE NAVARRO *

Como escribió en 1970 L. Michelena: ¹ «El romance navarro está, al parecer incluido, sin mayor razón que lo justifique, en esa familia de hechos raros y curiosos cuyo conocimiento es patrimonio exclusivo de un corto grupo de iniciados. No es mucho más popular que el cario, con la diferencia en contra de que la inmensa mayoría evitaría pronunciarse sobre la existencia de éste, mientras que muchos excluirían, sin pensarlo mucho, un romance navarro-aragonés del mundo de la realidad», y pasa el citado profesor a glosar esta afirmación comentando un estudio de Juan B. Olaechea de 1969, el cual a propósito de un traslado notarial hecho en Guetaria en 1390, hace observar que hechos como *lur*, *lures*, *hy*, según él relacionados con el adjetivo francés *leur(s)* y el pronombre-adverbio *y*, *haya*, probablemente que atribuirlos a galicismos, sin caer en la cuenta que en el mismo documento se dice: *clamando*, *esleyer*, *fillos*, *fayllar*, *eyll*, *goardar*, etc., formas todas ellas navarras y que para mayor abundamiento el notario que redactó el doc. era Esteban García de Aldava, notario público y jurado en todo el Obispado de Pamplona.

De hecho a lo largo de los siglos, especialmente desde fines del s. XV, navarros y no navarros mostraron ignorancia del hecho lingüístico de la existencia del romance navarro y lo consideraron pura y simplemente como castellano. Baste citar, entre otros, a Nebrija en 1492 en su Prólogo a la *Gramática de la Lengua Castellana*, Yanguas y Miranda en 1840 en su *Diccionario de Antigüedades del Reino de Navarra*, Marichalar y Manrique en 1842, Iturralde y Suit en 1917. Para Doussinague en 1945 el castellano era el idioma corriente en el siglo XII en Navarra. Elías de Tejada en 1956 cree que el provenzal, el latín y el castellano son los idiomas usados por la gente culta de la Monarquía.

* El presente trabajo fue objeto de una comunicación en el VI Simposio de la Sociedad Española de Lingüística, habido en Madrid los días 9-11 de diciembre de 1976.

¹ Cf. *Notas sobre las lenguas de la Navarra medieval*, en "Homenaje a J. Esteban Uranga", Pamplona, 1971, pp. 212-13.

Tan sólo F. Sancho y Gil (1884) en su Prólogo al *Diccionario de Voces Aragonesas* de Jerónimo Borao, emplea las denominaciones de «navarro y romance navarro».

¿Por qué ha permanecido tan desconocido el romance navarro? La razón, tal vez, haya que buscarla en el hecho de que la documentación medieval ha sido publicada en obras poco conocidas o asequibles, lo cual explicaría el que no haya despertado interés, ni siquiera de los filólogos.

En estos últimos años, especialmente a partir de 1970, se ha producido un auge en los estudios, que nacidos en un campo y encaminados ante todo a los fines que le son propios, han venido a fertilizar las parcelas vecinas. No cito personas y títulos de obras, por el temor feliz de olvidarme de alguno de los colaboradores de esta obra común, cuya amplitud, por desgracia, no está todavía suficientemente divulgada.

Heterogeneidad lingüística en la Navarra Medieval.

Diversos autores coinciden en afirmar que el territorio poblado por las tribus vascas en la época anterior a la romanización estaba lejos de ser unilingüe.

Es bien sabido² que «la desvasconización de Alava y Navarra tuvo una fase prerromana en la que los celtas se establecieron en puntos de ellas de una manera firme», y la lengua vasca en la Ribera del Ebro desapareció muy pronto, si es que allí se habló vascuence alguna vez.

L. Michelena añade:³ «El país vascón estaba probablemente tan lejos de ser unilingüe hacia los comienzos de la influencia romana, como el Reino de Navarra en la Edad Media».

Concretándome a la Navarra medieval, las fuentes escritas atestiguan en el territorio navarro dos realidades lingüísticas principales, de diversa índole: el vascuence y el romance. El romance, a su vez, presentaba manifestaciones independientes: una occitana, extranjera y otra autóctona, navarra.

A todo ello habría que añadir las lenguas de grupos minoritarios como el mozárabe —en la doc. de la Catedral de Tudela se repite con insistencia durante el s. XII, hablando de clérigos: mozarabus—, el árabe —dominaron en la Ribera tudelana desde el 714 al 1118—, y probablemente el hebreo, ya que de la comunidad judía de Tudela surgieron figuras tan notables como Jeuda-Ha-Leví y Benjamín de Tudela. Estas minorías parece que carecieron de suficiente volumen lingüístico como para influir en la caracterización global.

2 Cf. J. CARO BAROJA, *Observaciones sobre la hipótesis del vasco-iberismo considerado desde el punto de vista histórico*, en "Emerita", II, 1943, p. nota 52.

3 Cf. *Los dialectos indoeuropeos hispánicos*, en "Zephyrus", 1960, II, p. 248.

EN TORNO A LA PROBLEMÁTICA LINGÜÍSTICA EN LA NAVARRA...

En rigor habría que añadir también la lengua de los inmigrantes de «langue d'oil», pero parece que éstos, en contra de los occitanos —preferentemente oriundos del Macizo Central—, no tuvieron influjo lingüístico mayor que el de la aportación de un escaso caudal de léxico.

Ante esto surgen varias preguntas:

¿Cuándo, dónde y cómo surge y se constituye el romance navarro y si fue éste uno o plural y qué relaciones mantuvo con respecto al aragonés?

¿Cuál era la situación cultural, nivel social, etc. de cada una de las modalidades lingüísticas dentro del reino?

¿Cuáles eran su repartición y extensión geográficas?

¿Qué relaciones guardaban entre sí?

¿Cómo se extendió, evolucionó y se disolvió el romance navarro en el castellano?

F. González Ollé⁴ advierte que apenas si sabemos nada para responder.

Intentaré esclarecer algunas cuestiones apoyándome en trabajos de Lacarra, González Ollé, Michelena, Caro Baroja y en mis propias investigaciones sobre esta temática.

Sabemos que la documentación medieval navarra se redactó en latín o en romance y que la documentación en euskera es mínima, especialmente si se coteja con la admirable y asombrosa persistencia milenaria de las manifestaciones orales.

En otras palabras, que la lengua vasca no ha llegado a ser en tiempos históricos el medio de expresión total de la vida del pueblo vasco. Incluso dentro de la Vasconia tradicional, áreas alavesas, navarras y vizcaínas parecen estar totalmente romanizadas, cuando hacia el s. X la documentación empieza a hacerse abundante.

Dentro de esta misma zona, cruzada en algunas partes por caminos muy frecuentados, el bilingüismo ha debido estar, por necesidad, siempre bastante extendido, aunque con intensidad muy variable.

El vasco era la lengua de la intimidad familiar y de las relaciones privadas y no intentó competir, sino en muy escasa medida, con el latín y luego con el romance en la vida pública. Cuando se llegaba a dar constancia por escrito de los actos públicos de cualquier orden era dejado de lado.

Al constatar que el número de vasco-hablantes no fue corto en relación con los románicos en los orígenes del reino navarro y que su área mayor no parece estar romanizada en el s. X y aun en siglos posteriores, cabe hacerse

4 Cf. *El Romance navarro*, en R. F. E., LIII, 1970, pp. 45-93.

dos preguntas: ¿Cómo no se ha escrito esa lengua, el euskera, la lengua de todo un pueblo?

¿Cómo explicar que los textos legales, documentos públicos y privados de ese pueblo estén redactados en una lengua radicalmente distinta de la que habla?

González Ollé considera que al no utilizarse el vascuence en la escritura de los documentos medievales en Navarra, tuvo que darse dentro del área vasco-hablante una escisión, una diferenciación vertical, sociocultural entre vascuence y romance.

Aceptando como válido este planteamiento, creo que hay que considerar otros factores para explicarnos este hecho paradójico.

Creo que no existe contradicción entre la afirmación clara del texto de un documento de 1167 de Sancho VI el Sabio de Navarra, en que se denomina al vascuence como «*lingua navarrorum*» y la existencia real del romance navarro como lengua no sólo oficial o de la Chancillería real y de los notarios, sino también del pueblo de centros urbanos, cuyo peso específico era mayor.

La situación sociológica del Reino de Navarra, como señala G. Ollé debía ser ésta: «Frente a una población mayoritaria, rural, formada de labradores y pastores o artesanos y servidores en las villas (yo añadiría, no en todas), de habla vasca, analfabeta (analfabetos los eran prácticamente todos, euskeldunes y erdeldunes), existía un estamento minoritario, dirigente, romanizado, urbano de nobleza y clerecía y en menor grado, militares subalternos y comerciantes bilingües, cuyos modelos culturales eran de origen latino».

La realidad del romance navarro entiendo que es incuestionable, si consideramos las Glosas Emilianenses del s. X. Los hechos históricos de la dinastía de los Semenones o Jiménez que reinan durante los siglos X-XI como reyes de Navarra lo confirman.

En efecto, la dinastía navarra instaurada por Sancho Garcés I contaba con una base territorial nueva, que se extendía desde Sobrarbe hasta Castilla. Estos territorios eran Aragón, Pamplona y Nájera, comprendiendo bajo este nombre la Rioja Alta, territorios con afinidades lingüísticas de diglosia con predominio del romance.

Fue dicho rey el que instituye el Monasterio de S. Martín de Albelda, centro cultural de la Rioja en el siglo X. Este territorio riojano de habla mayoritaria romance tuvo para la monarquía pamplonesa durante el s. X mayor importancia política, cultural y económica que el resto.

Según Lacarra la Rioja no había llegado a islamizarse y probablemente tan sólo algunos núcleos estratégicos como Nájera, Viguera y Calahorra con-

taban con guarnición musulmana. El pueblo llano era de habla predominantemente romance.

Siguiendo al citado autor y a otros ya mencionados, la acción cultural romanizadora (es decir de habla romance) de los monasterios navarros del siglo IX fue de capital importancia, especialmente en el sector oriental, de donde procedía la dinastía de los Jiménez. Así monasterios como el de S. Pedro de Usún en el Romanzado, a la entrada del Salazar y consagrado en el 829, o como el de Igal en el interior del Valle o el de Sta. María de Fuenfría a la entrada del Roncal en la orilla izquierda del Esca, junto a Salvatierra, o el de Urdaspal en término de Burgui; y sobre todo el más importante el de Leire, a manera de atalaya vigilando el ancho valle del Aragón, fueron habitados por monjes navarro-aragoneses, que irradiaron su cultura y acción civilizadora en romance navarro-aragonés.

Leire, a lo largo de los siglos X y XI mantuvo el prestigio espiritual que le daban los restos de las santas Nunilo y Alodia, martirizadas en Huesca hacia el 850 y trasladadas a Leire a raíz mismo del martirio.

Y esta era la abadía más importante de la región de donde era originaria la dinastía de Sancho Garcés I.

Del estudio comparativo de la toponimia menor que figura en el Becerro Mayor de Leire y que recoge documentos de los siglos IX al XII, se puede deducir que junto a nombres euskéricos más o menos transparentes, la presencia de romanismos navarros es abundante. En él figuran varias glosas a topónimos vascos.

Tanto Leire como S. Millán y S. Martín, cenobios los más importantes del reino por sus posibilidades económicas y por su pujanza cultural, mostraron una curiosidad muy abierta hacia la historia nacional, entendida hasta entonces como la historia de la monarquía astur-leonesa, ocupándose de la pamplonesa, pues en dichos cenobios se redactaron los primeros textos históricos relativos a ella.

Todo ello explica perfectamente el que fuera en S. Millán donde monjes navarros (La Rioja era tan navarra como la Berrueza, Monjardín o Pamplona) redactaran las glosas en romance navarro, heredero legítimo de un latín vulgar de las zonas romanizadas durante la colonización romana y visigoda desde el Pirineo aragonés, pasando por el somontano, Leire y la zona media navarra hasta la Ribera y las tierras riojanas, y no en castellano. Por ello considero lingüísticamente un error la afirmación de J. M.^a Lacarra:⁵ «... en ellos —en los códices de la biblioteca de S. Millán— podemos percibir los primeros balbuceos del romance castellano».

5 Cf. *Historia política del Reino de Navarra*, vol. I, p. 176. Pamplona, 1972.

La política que siguieron los reyes navarros desde el siglo X fue la de echar a los musulmanes del territorio y asentar pobladores cristianos procedentes de todo el territorio del rey de Pamplona y entre éstos los había euskeldunes y románicos. Desgraciadamente no nos han llegado listas, ni siquiera parciales, de los pobladores, salvo en el caso excepcional de Olite y ello ya a partir de primeros del siglo XIII.

Analizando, siquiera muy someramente, los datos de Olite, puedo ofrecer estas cifras: El 23,7 % procedía de la Ribera (de expresión unilingüe romance), el 5 % de Tafalla, S. Martín de Unx y Ujué (bilingües), el 17,3 % del Valle de Aibar (bilingües), el 19 % del Valle de Orba (euskeldún y probablemente bilingüe) tan sólo el 5,6 % del total de procedencia aragonesa (romance).

Si atendemos a los onomásticos románicos y vascos citados en los Registros Fiscal y Censal de Olite de 1244-1264, se observa que de un total de 521 con apelativos de oficio, sexo, color, relación familiar, condición social, aspectos físico y moral, el 76,97 % son románicos y el 22,65 % son vascos.

Todo ello me hace pensar que la alusión «lingua navarrorum» de 1167 que se refiere evidentemente al euskera, habría que entenderla como propia de los campesinos asentados en la región montañosa y que la afirmación de 1344 y 1390 «in ydiomate Navarrae» (es decir el romance navarro) se refiere a Navarra como entidad política del Reino en su totalidad, es decir de un estado con romance propio, ya que parece indudable que ya desde la 1.^a mitad del s. XIII se toma al romance navarro como lengua propia del Reino, frente al latín de los documentos y al euskera de muchos de los hablantes del Reino.

Para el s. XIV la conciencia explícita de la existencia del romance navarro es un hecho solemnemente proclamado por el rey Carlos III el día 13 de febrero de 1390, quien al iniciar su reinado se dirige a los «homes bonos» de las villas con asiento en las Cortes: «... in quadam cedulla scripta in ydiomate Nauarre terre... Nos Carlos por la gracia de Dios, Rey de Navarra... juramos a nuestro pueblo de Navarra, es assaber, prelados, ricos-hombres, cavailleros, hombres de buenas villas ...todos lures fueros...».

En cuanto al occitano, como afirma L. Michelena:⁶ «Se trata de una lengua importada por grupos densos de población que viven agrupados en núcleos claramente diferenciados hasta en su estatuto legal. Es una población económicamente poderosa, esencialmente urbana y burguesa. Se trataba de una lengua importada, no autóctona, románica, que desapareció una vez

⁶ Cf. *Notas sobre las lenguas de la Navarra Medieval*, en "Homenaje a don J. Esteban Uranga", Pamplona, 1971, p. 211.

EN TORNO A LA PROBLEMÁTICA LINGÜÍSTICA EN LA NAVARRA...

que fueron cayendo una tras otra las barreras legales y sociales que protegían a la población franca y a su lengua».

Como señalan G. Ollé, Lacarra y Michelena, el occitano estaba más indefenso ante el romance navarro que ante el vascuence, que para él fue elemento aislante y defensor.

La única comunidad de origen de los francos era la de ser todos de Ultrapuertos; no tenían una comunidad de lengua, pero sí eran predominantemente gentes de lengua d'oc.

El occitano empleado en los documentos navarros debía ser una *lingua franca* o *sabir*, resultado de la composición de las dificultades de unos y otros.

Jamás toda la documentación privada de Navarra se redactó en occitano, ya que el conjunto de textos, no más de unos 3.000, representa un porcentaje mínimo de la totalidad de la documentación conservada tan sólo en el Archivo General de Navarra en romance navarro, más de 80.000. El porcentaje sería menor todavía, si sumáramos los conservados en romance navarro procedentes de las Catedrales de Pamplona y Tudela, del Archivo de Pau, monasterios, conventos, iglesias, concejos, etc.

Cabe una pregunta después de todo esto, y es la siguiente:

¿Cuál era la lengua real en que se expresaba el pueblo? Apenas si sabemos nada, ya que los textos medievales sólo la dejan entrever.

Es evidente que entre euskeldunes sería el vascuence y entre los erdel-dunes el romance navarro. A este respecto es sumamente aclaratoria una carta bilingüe de dos funcionarios de la corte de Carlos III el Noble y empleados ambos en la Real Cámara de Comptos, Martín de San Martín y Machín de Çalba, fechada en 1415.⁷

Para terminar esta exposición que ha pretendido mostrar cómo en el análisis lingüístico de los textos medievales navarros tenemos forzosamente que fundamentarnos en la Historia, considerada ésta como un todo estructurado de la comunidad política, si queremos explicarnos sus códigos de expresión, permítaseme que exprese la opinión de J. M.^a Lacarra:⁸ «Al, historiar la Edad Media del País Vasco nos asalta constantemente la preocupación de estar reconstruyendo el pasado de un pueblo que se expresa por es-

⁷ Ricardo CIÉRVIDE y Alfonso IRIGOYEN, *Estudio lingüístico de una carta del siglo XV en vascuence y en romance navarro*, en "Letras de Deusto", vol. I, núm. 1, 1971, pp. 75-89.

⁸ Cf. *Vasconia medieval*, San Sebastián, 1957, p. 9.

RICARDO CIÉRVIDE

crítico en un idioma que no es el que se habla, y que el suyo se le escapa a través de los documentos».

Ricardo CIÉRVIDE
Universidad del País Vasco
Facultad de Filosofía y Letras
Vitoria